

El desecho y sus derivas

El objeto reclama su ser

Por Alexander López Osorio *

La tradición filosófica occidental, desde los antiguos filósofos griegos como Platón y Aristóteles, pasando por Descartes, hasta nuestros días, le ha negado al mundo objetual su estatuto de entidad portadora de sentido.

La metafísica, al concebir el alma como principio de movimiento o facultad intelectual, despoja al mundo objetual de toda significación en beneficio de un sistema filosófico trascendente. Las cosas para Platón, y dentro de éstas el mundo objetual, sólo son copias de un mundo perfecto, el de las ideas, las cosas no existen sino en virtud de las ideas que las contienen, son sólo materia inerte y sujeta al cambio; por esta razón, el cuerpo pertenecería al mundo sensible, sujeto al cambio y la transformación (*kinesis* y *metabolé*), mientras que el alma pertenecería al mundo inteligible de las ideas, siempre idéntico a sí mismo. En el Mundo de las ideas (*eidos*), de donde el alma (*psijé*) proviene, se encuentran los objetos propios del conocimiento racional (ideas), de los que las cosas del mundo sensible, no son sino sombras, reflejos o imágenes. A través del cuerpo, el ser humano conoce la multiplicidad cambiante de las cosas particulares, por lo cual, el conocimiento (*gnosis*) sensible es siempre de rango inferior, una mera opinión (*doxa*). El verdadero conocimiento (*episteme*) consiste en la contemplación de las ideas, esto es, los modelos o arquetipos a partir de los cuales han surgido todas las cosas del mundo sensible.

Para Platón, siguiendo a María Isabel Méndez “*el alma es principio de movimiento inespecífico (Fedro y Banquete), es inmortal por su simplicidad (Fedón), pero como principio de movimiento es tripartita (República). Su inmortalidad, es decir, su igualación con lo divino, la adquiere en el momento en que consigue unificar su función motora, diversificada*

(tripartita) cuando cumple su función animadora del compuesto humano, en la actuación racional. Esa es la simplicidad de lo inmortal y en eso consiste su divinidad”^{1 2}

Para Aristóteles, los objetos son materia (*jyle*) en potencia (*dinamys*), la cual toma sentido sólo en el momento en que es habitada por una forma (*morfé*); en los seres vivos, incluyendo las plantas, el alma es la forma que anima la materia; en ese sentido, el mundo inanimado, el mundo de los objetos, se despoja de un alma, pero no de

la idea como forma que lo constituye. Pero, si esta materia no llega a ser ni siquiera un objeto, sino un fragmento y más aún puro desecho, ¿cuál sería el estatuto que merece? Para Platón esto es inadmisibles, ya que movido por una voluntad de saber matematizante, producto de una fe ciega en los poderes del *logos* (término que cuenta con 38 acepciones en lengua castellana) y de su racionalismo extremo, voluntad en la cual lo perfecto tiene relación con la belleza y la divinidad, la idea de la mugre o el desperdicio es una profanación al mundo de las ideas puras. A este respecto dice Dagognet: “*En el Parménides, Platón, que se sitúa en el cruce de caminos, tropieza con*

dificultades insuperables y va a contribuir a perdernos: ¿le va a reconocer una “idea” a la mugre, al pelo, al lodo? En principio lo sensible no puede existir o ser comprendido más que si se refiere al modelo que le corresponde y al cual debe por lo demás su existencia reflejo. Una idea de la mugre, si se le aceptara, no dejaría de corromper el imperio; dañaría el conjunto etéreo, definido a la vez por su luminosidad, su pureza y su fijés”.³

Como consecuencia de esto, Platón divide el mundo en dos, lo sensible y lo inteligible o suprasensible; renuncia a la totalidad y desplaza la materialidad a un segundo



Aristóteles



plano. En este caso, el desecho queda abandonado a sí mismo sin posibilidad de salir de su oscuridad, decadencia y disolución.

En Aristóteles, en cambio, la materia sólo vale como sustrato (*jipokéimenon*), lo que sostiene la idea de la cosa, por la cual aparece (*apofainesthai*) en la naturaleza (*physis*). Para este pensador, la materia toma valor cuando es abarcada por la totalidad de la idea. En el caso de la substancia (*ousía*), que traducido del griego, según Hernán Zucchi, significaría algo así como “la causa del ser de algo, immanente en aquello de cuyo ser es causa”, sólo adquiere estatuto en un estado de pureza, pues las materias mezcladas no permiten ser aprehendidas por la identidad de la idea. Si bien el sistema Aristotélico incorpora lo objetual en el mundo como realidad, no tolera en cambio las materias informes.

Según Dagognet *“Aristóteles desprecia la causa eficiente, así como lo material en provecho tanto de la formal como de la final. Además, al interesarse en el movimiento, debía distinguir en él cuatro especies como se sabe, pero tres de ellas se imponen: la alteración (tal fruto que madura), el crecimiento (el empuje del árbol), y finalmente el generativo (el parto de lo mismo por lo mismo). La cuarta especie sale por esto desacreditada: se trata del desplazamiento que no modifica, lo que solo va de un lugar a otro. Y además que sólo va más allá gracias a un empujón exterior. Los otros tres cambios corresponden, por el contrario, a una transformación interna en ellos mismos”*.⁴

Por su parte, el filósofo francés René Descartes (1596-1650) sólo concibe el mundo en tanto que representación, ya que así podemos eliminar lo confuso que podría darse en la experiencia empírica (*empeiria*) con el mundo y evitar el engaño de los sentidos. *“Descartes sólo va más lejos que Aristóteles; sostiene una concepción del intelecto más pura y no contaminada por lo real que la echara a perder. Lo que facilita su tarea es que él puede considerar el cuerpo como una mera disposición de piezas, al igual que el reloj (su paradigma) que marca las horas, sin que haya que recurrir a ninguna potencia para dar cuenta de su andadura”* ⁴

No sólo la filosofía le ha hecho el quite al vasto imperio

de la materialidad y de lo objetual, sino además la gran industria que al desperdiciar las materias restantes de sus procesos, le ha negado a la materialidad la posibilidad de una nueva existencia y con el arte del revestimiento ocultan lo que hay de grotesco en el origen de sus mercancías, disfrazándolas de luminosidad: el hierro se pinta, el ladrillo se revoca, la madera se esmalta en tanto naturaleza corrosiva, cambiante, putrescible.

A este respecto, Dagognet intenta hacer una filosofía que dé cuenta de la exclusión que la tradición ha hecho de los “menos seres”, intentando devolverles su significación en el mundo, una presencia que hasta hace poco permanecía oculta y a la cual la crisis mundial de los recursos y la contaminación hacen visible, y no siempre con un sentido valorativo en la recuperación de su alma o substancialidad.

Por otra parte, son los artistas los que han tomado la delantera, sacado provecho de los desechos como portadores de memoria, dando cuenta del estado actual de nuestra cultura. También con los discursos ecológicos, el mundo está tomando hoy conciencia de la importancia de la conservación de los recursos y el buen manejo de los residuos de los procesos industriales, por lo cual muchas empresas se han visto forzadas a aprovechar mejor las materias primas con el reciclaje. Por éstas y muchas otras razones, Dagognet se toma el trabajo de hacer una clasificación de estos “menos seres”, una clasificación hecha según una escala de valores que tiene como referencia su principio funcional y simbólico, valor que está estrechamente ligado a las formas del pensar de nuestra cultura occidental.

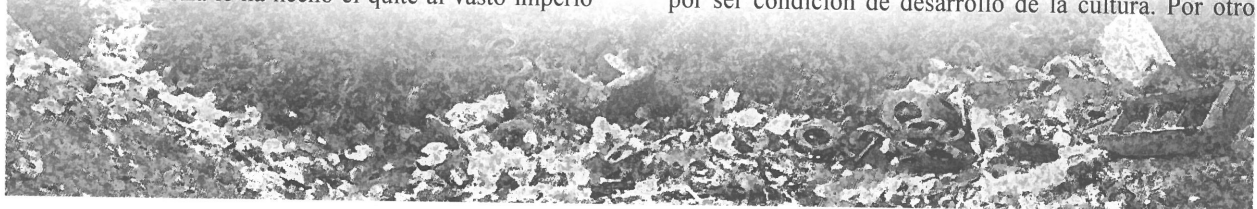


Platón

Una clasificación de lo objetual*

El inmenso territorio de la materialidad se puede dividir en dos amplias categorías:

La primera dispone de los objetos en general, vinculados al uso y por lo tanto al deseo que satisfacen, concretizan la ingeniosidad, animan los mercados; esta primera categoría sería la denominada **objeto del objeto**, la cual abarcaría el universo de las *herramientas* que funcionan como mediadoras, ya que sirven para fabricar otros objetos diferentes a ellas mismas; a éstas la filosofía y otras disciplinas intelectuales han puesto más atención por ser condición de desarrollo de la cultura. Por otro



lado están los *continentes*, como son las cajas y los recipientes, que garantizan la protección y la conservación. Posteriormente, el *Vehículo*, que permite la movilización de mercancías o individuos, y por último, la *moneda*, que funciona como meta-objeto, por vía de la cual, gracias a su poder de cambio, se pueden obtener los demás conjuntos.

En la segunda categoría estarían los **infraobjetos o los no-objetos**; dentro de ésta se inscriben los *fragmentos*, tales como la rueda de una bicicleta, que todavía mantiene una relación con el todo (*hólon*); estos fragmentos conservan una memoria (valor simbólico) que los vincula a la totalidad (*pan*) de la que fueron parte. Los *desperdicios*, son aquellos que se pierden en un proceso, lo que cae al suelo después del corte de las telas, las migajas de pan, lo que pierde el nombre propio para entrar en la categoría de desperdicio. Éstos no tienen relación con el todo como sí sucede con el fragmento, el residuo es lo innombrable. Dentro de este descenso nos encontramos con las *escorias* relacionadas con la suciedad, lo mezclado, la espuma, la amalgama. Más abajo están los *detritos* o las basuras, materias de las que no se sabe su procedencia, son inconsistentes y están sometidas a la descomposición; materias orgánicas en las cuales todavía fluye la vida sin nombre, se fermentan y producen olores; con las basuras nace el peligro, el germen, la enfermedad, lo que tiene que ser aislado, eliminado. Por último, está lo *excremental*, las deyecciones, las inmundicias, allí donde la materia se pierde produciendo y diseminando los peores miasmas.

La primera categoría se ha resaltado en la medida en que da cuenta de nuestra historia y desarrollo; vinculada al elogio de la civilización ha tomado un lugar prominente dentro del mundo objetual, pero la segunda agrupación de objetos ¿Acaso no da cuenta de nuestra cultura, nuestras costumbres, nuestros gustos? ¿Acaso en esas migajas no está la verdad de nuestra civilización y nuestra cultura? ¿Acaso un arqueólogo no da cuenta a través de fragmentos, guijarros y vestigios, de las costumbres y prácticas de una civilización, así también como de su sistema de valores? Este mundo objetual, al que nuestra cultura ha restado importancia, es la fuente material que da cuenta de nuestro grado de desarrollo y

de nuestras actuales formas de pensar y de vivir, porque una cultura se define tanto por sus valoraciones como por lo que rechaza.

Primera deriva

Una Economía del Reciclaje

Como ya ha sido mencionado, la crisis mundial de los recursos naturales y la contaminación planetaria ha hecho que la sociedad y su producción industrial se planteen soluciones para la sostenibilidad de los recursos y la conservación de la vida. Es por eso que hoy se insiste en el reciclaje como modo de racionalización del uso de los recursos para frenar un poco el impacto de la intervención humana en lo que hemos conceptualizado como naturaleza.

Respecto a la valoración de lo objetual, por esta vía se reivindica pero sólo en lo atinente a su función como material reutilizable. El papel, el plástico, los residuos orgánicos, etc., son utilizados actualmente por las empresas para elaborar productos de consumo y abonos para cultivos a partir de los desechos orgánicos. En estas situaciones el objeto pierde su existencia en cuanto tal y es valorizado sólo como material reutilizable para la elaboración de otros, o dicho de otra forma, el objeto muere para luego reencarnar en un nuevo objeto.

Segunda deriva

La estética del desecho

El arte contemporáneo es una de las pocas formas de expresión que han dado cuenta de este estado de cosas y, al abandonar la importancia de la representación, su preocupación se centra en las materias en sentido óptico (*he ón*) o en su poder comunicativo; el artista Christian Boltanski, citado por Dagognet, es un recuperador de desechos, con una obra compuesta de vestigios, camisas viejas, blue jeans, zapatos usados y juguetes. Respecto a su arte dice, “un antidesino [que] lucha contra la muerte y la desaparición”⁵. Hace un armario, una vitrina y muestra allí una cantidad de objetos que se relacionan con su historia personal, restos de la infancia y el pasado, un inventario de objetos cargados de memoria. En estos casos se juega con el poder simbólico del objeto, la cantidad de afecto que puede ser depositado individual o colectivamente en un cuerpo material, “como Miró que en 1928 realizó *La bailarina* española con un corcho, una pluma y una gruesa agujeta coronada con una bola;



o también Picasso que en 1950 fabricó una cabra con una vieja canasta de mimbre, dos envases de leche asimétricos y cartón bien recortado para simular cabezas y orejas²⁶

El artista lo que hace en la mayoría de los casos es re-semantizar unas materias u objetos en otros universos de sentido, distintos a los que en un primer termino inscribían la funcionalidad de tal objeto. Pero no sólo los artistas le producen nuevas derivas a este mundo de las materias; también la cultura con sus prácticas hace fluctuar el destino de los materiales que sucumben al abandono. Por ejemplo en Laos, hacen flores con el papel del interior de las cajetillas de cigarrillos, utilizadas para decorar altares, semejantes a las que se utilizan en México en los sagrarios de la virgen de Guadalupe. En Zambia, todas las mañanas en las afueras de la morgue, jóvenes desempleados venden coronas mortuorias hechas con bolsas de plásticos de colores.*

Tercera deriva

Una microeconomía del desecho

La civilización a la que pertenecemos está inmersa en una vasta gama de objetos, los cuales son hoy parte constitutiva y constituyente de nuestra naturaleza, y por tanto, merecen la atención e incorporación a nuestros problemas y alternativas de solución.

Como ya hemos mencionado, la tradición filosófica occidental ha movilizad sus problemas entre el Ser y el Devenir, desarrollando una historia en torno a lo que persiste en su Ser y lo que fluye, lo que cambia, lo que se moviliza. Tal vez hoy estemos en uno de esos momentos en el que la filosofía pone su acento en lo fluctuante, en lo movedido, en la superficie y no en las profundidades, tratando de mostrar la profundidad de las cosas fuera de ellas mismas, es decir, en su amalgama con el universo del que son parte, tienen su lugar y su significado en la red semántica de nuestro universo de sentido. En esa medida, ¿Cómo no hacer algunas apreciaciones sobre las materias y las formas sometidas a la intemperie del tiempo y al espacio, aquellas entidades que las transforman sin cesar? ¿Cómo no reconocerles un lugar en el universo como cosa (*res*) extensa, pero también portadora de esencia y devolverle al antiguo objeto su ser de objeto?

Los artistas han rescatado de los desechos su valor

simbólico, que a la vez significan y comunican algo que nos es cercano, en la medida en que nuestra naturaleza se rodea cada vez más de objetos producidos por nosotros mismos, como una fauna artificial que nos constituye y que reconozcámoslo o no, son tan reales como nosotros mismos. La industria, por su parte, en cierta medida ha sacado utilidades de lo que antes desechaba; sin embargo, tal aprovechamiento no pasa de ser funcional. Es a través de una economía minoritaria, relacionada a la vez con la pobreza en la que viven muchos seres humanos, la que hace un elogio al objeto, en tanto que se vende un objeto portador de valor en sí mismo; los fragmentos, los residuos y las piezas sueltas son comercializadas sin transformaciones o readecuaciones.

Cuando los objetos han perdido su poder de uso y terminan en bolsas de basura, entran en escena los recuperadores de los fragmentos y de lo desperdiciado del mundo de las materias y lo objetual. Una de estas vías económicas es la del reciclaje, en ésta los objetos siguen siendo desposeídos de una sustancialidad o un alma, se les utiliza como materiales carentes de toda funcionalidad inmediata. Pero todas no terminan allí. Como un caso particular en Medellín, bajo el viaducto del metro emerge una economía destinada a devolverles el ser a las cosas; se venden toda clase de artículos, frascos con residuos de perfume, clavos torcidos y oxidados, toda una colección variada de objetos que entran a circular en el mercado de las cosas perdidas; allí no se vende basura, sino un producto que va a ser utilizado como tal. Emerge pues un mercado que tiene sus compradores, su oferta y su demanda, resistiéndose como práctica local a las exigencias de una economía mundial unificada.

Allí las cosas no cambian de forma, es decir, no son modificadas por sus comercializadores, pero tal vez su comprador tenga otros fines para ellas, cambiándole su funcionalidad primera; quizás aquella botella de licor sea un bonito florero, aquella cabeza de muñeca una de las cabezas del tricéfalo de un artista o aquel libro perdido entre la miscelánea objetual vuelva a ser paraíso, la eternidad por fin comienza un lunes, cien años de soledad... En esta relación, las cosas siguen persistiendo e insistiendo en su ser de cosas, siguen cumpliendo funciones que le devuelvan su sustancialidad, una



microeconomía que se obstina en existir mientras el mercado derroche sus utilidades, una economía que brinda la posibilidad de existir a los que participan de ella en un persistente ciclo de los objetos encontrados.

Oswaldo es uno de esos personajes recuperadores de basura, protagonista de una de las crónicas del comunicador social Carlos Sánchez, la cual gira en torno a la venta de una muñeca encontrada por azar: “intentó arreglarle el párpado pero la pieza flácida, inútil, se resistió al empeño y entonces él la dejó así; ciega de un ojo y con la mirada del otro desquiciada hacia el vacío. Para cotizarla con mejor precio, colocó a su lado izquierdo una canastilla de barro cocido no mayor que una copa de aguardiente, con varios pétalos de una rosa plástica y a la derecha varias postales y tres frascos vacíos, de formas caprichosas, que en el pasado guardaron lociones. Las postales que vinieron de lejos y que fueron recuerdos queridos, los frascos, los peines, y todos los fragmentos y pedazos de cosas sin personalidad definida, sin nombre, que acompañaban a la muñeca, también cayeron en el naufragio de los usos y los abusos como pura basura. Oswaldo los ha rescatado, les ha dado otra oportunidad sobre la tierra.⁶

Estas tres derivas de los objetos desechados son consideraciones positivas de algo que en una primera instancia considerábamos como problema, pero que son hoy una propuesta ético-estética al gran problema del desequilibrio ecológico, que pone en riesgo toda forma de vida sobre el planeta, generado en gran parte por una lógica del mercado, que se sustenta en el consumo desmedido, una maquinaria productora de subjetividades basadas en la virtualidad del deseo. Esta valoración del objeto, esta reivindicación de la materia en contra de una metafísica que la niega y un materialismo que la utiliza como ideología dogmática, es una lucha contra la dicotomización de la realidad por las formas de pensamiento fundamentadas en la dualidad alma-cuerpo, sensible-inteligible, naturaleza o cultura, por culpa de la cual nos alejamos cada vez más de unas relaciones existenciales con el cosmos, la naturaleza, lo social, los objetos y la vida misma.

Como propone Félix Guattari en “Las tres ecologías”, hay que producir nuevas subjetividades en las que la naturaleza, lo social y las psiquis no se agredan ni deroguen; dicho de otra manera, hay que establecer relaciones de parentesco con esos tres órdenes, relaciones de existencia no virtuales, no tele-existenciales; los sentidos no nos engañan como pensaba Descartes su domesticación sí.

BIBLIOGRAFIA

- MENDEZ LLORET, M. Isabel. *La simplicidad del alma de Platón y su inserción en el mundo sensible*. Daimon. Revista de filosofía.
- PARELLADA, Ricardo. *La naturaleza de las pasiones del alma en descartes*.
- DAGOGNET, François. *Detritus, desechos, lo abyecto. Una filosofía ecológica*. Traducido por Luis Alfonso Palau
- SANCHEZ OCAMPO, Carlos. *El contrasueño. Historias de la vida desechable*. Ed. Universidad de Antioquia.
- BUILES ESCOBAR, Natalia. *La reencarnación de los objetos. Trabajo final de grado de especialista en estética y semiótica*. Medellín: Universidad nacional de Colombia, 2004.
- ¹ MÉNDEZ LLORET, María Isabel. *Daimón. Revista de filosofía* # 23, p. 21.
- ² *Los nombres entre paréntesis corresponden a los títulos usados por Platón para sus libros en los que teatraliza su método de pensamiento - la dialéctica, en el debate con sus predecesores, los sofistas. Fedro y Fedón corresponden a los nombres de sofistas contemporáneos de Sócrates a quienes vio Platón sometidos al rigor de la mayéutica, el método socrático de pensamiento consistente en modelar el espíritu para “parir” la verdad. El Banquete y la República corresponden a textos en los que expone sus ideas acerca de la erótica y la educación, respectivamente. Nota del Editor.*
- ³ DAGOGNET, François. *Detritus, desechos, lo abyecto. Una Filosofía Ecológica*. p36.
- ⁴ *Ibid.*, p. 30.
- ⁴ *Ibid.*, p. 30.
- *Esta es una síntesis de la clasificación que hace Dagognet en su texto “Detritus, desecho, lo abyecto”. *Una Filosofía Ecológica*.
- ⁵ *Ibid.*, p. 38.
- ⁶ *Ibid.* Pag 41.
- * Los ejemplos son sacados del trabajo de grado de Natalia Builes Escobar, “La reencarnación de los objetos” de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.
- ⁶ Sánchez Ocampo, Carlos. *El contrasueño. Historias de la vida desechable*, p. 91.
- * *Estudiante de Historia. Miembro del Grupo de Investigación Configuración Histórica de la Tropicalidad en Colombia. Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.- alopez01@unalmed.edu.co*

